



UNISCI Discussion Papers

ALGUNAS REPERCUSIONES DE LA GUERRA DE IRAK SOBRE LA RIBERA SUR DEL MEDITERRÁNEO

AUTOR ¹ :	JOSÉ ANTONIO SAINZ DE LA PEÑA UNISCI
FECHA:	Mayo de 2003

1.Introducción

Las repercusiones de la guerra en Irak sobre la zona Sur del área mediterránea pueden ser analizadas, desde un punto de vista formal, a tres niveles distintos: el nivel de los sentimientos, el de las ideas y el de los intereses.

El primer nivel se corresponde con las masas populares; el segundo es el de los intelectuales y , en general, de los formadores de la opinión pública; el tercero es el de aquellos que toman las grandes decisiones políticas y económicas. Los tres niveles no son independientes sino que se apoyan entre sí; hay entre ellos una sinergia que hace que se amplifiquen y refuercen mutuamente.

La integración de los tres niveles proporciona una perspectiva global de las repercusiones del conflicto.

Para el análisis, la zona comprende los doce países mediterráneos incluidos en el proceso de Barcelona, excepto Israel, más Turquía e Irak y, por extensión, los estados del Golfo. Todos ellos son países de una clara mayoría de población musulmana.

2.El nivel de los sentimientos

Las masas populares de la zona perciben la acción militar angloamericana contra el régimen baazista iraquí como una agresión occidental contra un Estado musulmán, como un ataque de los “cruzados” contra un miembro de la comunidad musulmana, la “umma”. La única excepción a nivel popular, y probablemente parcial, ha sido la de Kuwait, víctima de la invasión iraquí de 1.990.

A lo máximo, y sólo en algunos sectores de clase elevada o media occidentalizados, se justifica y comprende la acción militar contra el régimen de Saddam Huseín, pero, a continuación, y como el resto de la población, exigen la retirada inmediata de las tropas de la coalición de un territorio musulmán. Y es que, de acuerdo con la tradición islámica, un pueblo musulmán no debe ser gobernado por alguien no creyente.

¹ Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores. Estos artículos no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. The views expressed in these articles are those of the authors. These articles do not necessarily reflect the views of UNISCI



En particular y en el caso de Irak, los “muchtahidin” iraquíes promulgaron una “fatwa”, después de la primera guerra mundial, en la que decían que “nadie no musulmán tiene derecho a gobernar a musulmanes”². Esta “fatwa” sirvió de base tanto para la rebelión contra los ingleses, en 1.920, como para la petición para que Faisal, hijo del “cherif” de la Meca, fuese proclamado Rey.

La percepción popular de la agresión occidental se complementa con el conocido mecanismo de la “frustración islámica” y su compensación religiosa. Dios, por medio del Corán, proclamó que los musulmanes son “la mejor comunidad”, superior al resto de la humanidad (aleyá 106, azora III). Pero, la realidad muestra que la mejor comunidad está dominada, política, cultural, militar y económicamente por los infieles y que, en Irak, de nuevo, los infieles han vuelto a vencer a los creyentes. De la comparación entre la realidad y la palabra divina nace la “frustración”. Como Dios no puede equivocarse ni engañar, la causa de la derrota de los musulmanes es que han dejado de ser la “mejor comunidad”, la que “promueve el bien y prohíbe el error”; por ello, la comunidad tiene que volver a su religión. La religión se convierte así en un valor refugio ante el infortunio, en un sistema compensatorio de la frustración.

Las derrotas de los países musulmanes frente a naciones no islámicas han dado siempre lugar al resurgimiento del sentimiento religioso popular y a la utilización política de éste. La derrota egipcia de 1.967 significó el desarrollo e impulso del islamismo radical, no el nacimiento de ese movimiento que ya existía anteriormente; la derrota iraquí de 1.991 y la entrada de ejércitos “infieles” en la tierra de Arabia acabó por originar el terrorismo islámico de al-Qaida, organización que también existía previamente. La derrota de Saddam Huseín en 2.003 ocasionará un resurgimiento del sentimiento religioso popular, la frustración de ver a parte de la “mejor comunidad” con un gobierno provisional con “infieles”, apoyado por la fuerza de las armas, y, en consecuencia, dará lugar a la ampliación del campo islamista radical en todos los países de la región.

No es que, de la noche a la mañana, vayan a surgir numerosos grupos de terroristas y suicidas islámicos, como ha anunciado el Presidente egipcio Mubarak, pero sí que la situación favorecerá la formación de grupos de militantes islámicos, en ocasiones violentos, para los que el Islam es, a la vez, religión, gobierno y sociedad (“din, dawla, dunia”) y que creen que la violencia está justificada para imponer la Ley de Dios.

En Irak, hay que tener en cuenta, además, el factor chií. Ello, no sólo porque los chiíes sean la mayoría de la población y hayan sido históricamente marginados, sino porque los mecanismos del valor refugio de la religión, de la frustración y de considerar ilegítimo todo gobierno que no sea acorde con su particular visión del Islam son de mayor intensidad histórica y emocional entre los chiíes que en el resto de los musulmanes. A esto se añade la situación de dependencia de las masas chiíes respecto a sus clérigos, los que, en cada caso, interpretan la “Ley de Dios” y que son “fuente de imitación” (“marja e-taqlid”) obligatoria para los creyentes, lo que hace a éstos fácilmente manipulables.

Evidentemente, la percepción popular musulmana de la situación en la región estará influida por la futura actuación de las autoridades provisionales en Irak y, sobre todo, de las

²Wiley, Joyce N, *The Islamic Movement of Iraqi Shi'as* Lynne Rienner Publishers, London 1992



americanas y por la evolución del proceso de paz en Palestina. Esas actuaciones pueden, por medio de una actuación prudente, amortiguar los aspectos negativos de aquella percepción, o pueden reforzarlos con actuaciones que puedan interpretarse como antiislámicas. Los últimos sucesos parecen indicar que esta última posibilidad es la más probable.

3.El nivel de las ideas

Los intelectuales, hombres de letras, clérigos y pensadores de la región, los que ayudan a formar la opinión pública musulmana, siguen, en general, las pautas tradicionales del pensamiento islámico. Las escasas voces discrepantes, independientes o, simplemente, modernizadoras de un pensamiento estancado, o bien se encuentran silenciadas por la reislamización creciente de la sociedad (la persecución contra el pensamiento disidente en el mundo musulmán ha sido denunciada por la Federación Internacional de Derechos Humanos) o bien han emigrado y se expresan desde el extranjero (incluso el egipcio Tarik Ramadán, próximo a la visión islámica de los Hermanos Musulmanes, tiene que exponer sus teorías desde Ginebra, no desde El Cairo).

Uno de estos emigrados, el argelino Mohamed Arkoun, profesor de la Sorbona y autor de la “Crítica del pensamiento islámico”, se refiere a la situación diciendo “nosotros los musulmanes, por el momento, tenemos emociones religiosas y afectividad religiosa, pero no existe ni crítica del pensamiento político ni del pensamiento religioso”³.

Por ello, las ideas que se expresarán en los países de la región serán las mismas que las señaladas como sentimientos de las masas populares, pero exponiéndolas y razonándolas con el apoyo de interpretaciones tradicionales de la religión. Los intelectuales justificarán con su discurso las emociones y los sentimientos de las masas, llegando a presentar, como inevitable, una visión islámica del “clash” de civilizaciones, por no respetar los infieles el Islam, ser arrogantes y agresores.

Como consecuencia de esta justificación y en contra de las corrientes democratizadoras, se elevará en la región la propuesta de la “solución islámica” frente a las “soluciones importadas”. Esta teoría, defendida, entre otros, por el egipcio Yusuf al-Qadarawi (fundador de la Organización de los Derechos del Hombre, presidente del Consejo de Sabios y habitual asistente a las reuniones internacionales sobre el diálogo de culturas y religiones) abomina la democracia, que es extraña al Islam y es una “solución importada”, y exige, como única posición válida la “solución islámica”.

El discurso intelectual islámico incluirá la denuncia de la hipocresía norteamericana con su política de dos pesos y dos medidas –una para los musulmanes, otra para Israel- reforzando así el sentimiento antioccidental en la región.

En cuanto a Irak, el factor de los intelectuales chiíes, generalmente clérigos de alto rango, será preponderante por la obligación de los creyentes de elegir una “fuente de imitación” entre los ayatollahs y de seguir sus directivas. La pasiva ideología política tradicional chií fue puesta al día por el ayatollah Mohamed Baquir al-Sadr, fundador del Partido al-Dawa (“La llamada”) en 1957 y ahorcado por Saddam Husein en 1980. La ideología política de al-Sadr es parecida a la de Jomeini aunque tiene con ésta una gran

³ Entrevista a “Al Bayane”.6 de abril de 1995



diferencia. Así como para el iraní, los clérigos tienen la última palabra en el gobierno del pueblo (teoría del “velayat al-faqih”), para el iraquí, los clérigos sólo deben juzgar si las leyes están de acuerdo con el Islam. En el sistema diseñado por al-Sadr, los ciudadanos eligen a los poderes legislativo y ejecutivo pero no al judicial; éste queda reservado a los clérigos que, además, tienen el poder de veto sobre las decisiones de los otros dos poderes. En su diseño, al-Sadr no menciona cómo se elige al poder judicial, pero parece claro que es la jerarquía religiosa chií – ayatollahs, hoyatolislams, mollahs-, especialmente los de rango más elevado, quien se nombraría a sí misma por cooptación.

La capacidad de liderazgo del alto clero chií de Irak, puesta de manifiesto, inmediatamente después de la caída del régimen del Partido Baaz –control de la población, gobiernos locales, peregrinaciones multitudinarias a santuarios- hace pensar que la teoría política de al-Sadr pudiese ser la que triunfase en el país, quizás con el respaldo iraní a través de la Asamblea Suprema de la Revolución Islámica de Irak y de su máximo dirigente, el Ayatollah Mohamed Baquir al- Hakim. La conexión de los chiíes de Irak con Irán es secular y se basa en los santuarios chiíes situados en Irak –Karbala, Samarra, Nayaf- con sus escuelas de formación del clero, en las peregrinaciones y en las alianzas familiares entre el alto clero de ambos países.

4.El nivel de los intereses

Los dirigentes de los países de la región se enfrentan a un serio problema. Por una parte, la capacidad militar norteamericana y, sobre todo, su capacidad de decisión, puestas ambas de manifiesto en el conflicto iraquí, hacen que ningún responsable político pueda pensar, seriamente, en oponerse a la política en la zona de los Estados Unidos. A estas capacidades se suma la dependencia económica de varios países respecto a Norteamérica. Por otra parte, los sentimientos antioccidentales, mayoritarios en las respectivas opiniones públicas y apoyados por el discurso de los intelectuales, fuerzan a los dirigentes políticos a no alinearse claramente con los Estados Unidos, ya que, en caso contrario, podrían ocasionarse revueltas populares que erosionarían su credibilidad e, incluso, su poder.

Ejemplos de esta circunstancia ha sido la actuación de Turquía ante la petición americana de utilizar el territorio turco en la acción militar contra Irak -no autorización para la fuerzas terrestres pero sí para su material y para las fuerzas aéreas- y la reunión de los Ministros de Asuntos Exteriores de los países fronterizos con Irak más Egipto, en Arabia Saudí, el 19 de abril- aceptación de la acción americana pero petición de una retirada rápida de las tropas. En el mismo contexto, hay que incluir el aplazamiento marroquí de las elecciones municipales.

En consecuencia, los dirigentes políticos se verán obligados a mantener un difícil equilibrio inestable que, posiblemente, podría degenerar en un divorcio entre las élites políticas y sus poblaciones. Igualmente, es probable que los gobiernos aprovechen la ocasión para, bajo la capa de la lucha contra los extremismos, refuercen su autoritarismo y control del pueblo, cerrando aún más la posibilidad de una democratización en la región. Por todo ello, previsiblemente, aumentará la inestabilidad regional.

Otra posible consecuencia sería la ralentización de los foros internacionales de diálogo entre Occidente y el Mundo Musulmán, en particular, el del Proceso de Barcelona y las reuniones específicas ligadas al mismo. La ralentización no llevaría hasta la ruptura –el factor



económico en las relaciones lo impide- pero sí, probablemente, a que los factores de cooperación política y social pasen a ser factores “durmientes”. Aquí conviene recordar el fracaso de la política española con el Magreb, creando un “colchón de intereses comunes” capaz de amortiguar las discrepancias políticas, colchón que se demostró incapaz de impedir los enfrentamientos.

Antes del conflicto iraquí y, como consecuencia de las guerras de 1991 y de Afganistán, los Estados Unidos ya estaban implantados militarmente tanto en la región como en Asia Central. El fin del régimen baazista iraquí ha conducido a que la implantación se extienda a Irak. Con ello, y en un futuro próximo, habrá una presencia militar activa estadounidense en toda la región, excepto en Irán. (La retirada de las fuerzas americanas de Arabia Saudí no parece que vaya a ser total, ya que quedarán los elementos necesarios para asegurar la formación de las fuerzas saudíes y para la realización de ejercicios combinados). La presencia militar americana tiene para los estados de la región similar carácter problemático que la acción política. Muchos de los estados necesitan esa presencia como garantía de seguridad, pero origina problemas frente a las poblaciones. El ejemplo más claro es el saudí, aunque no el único. Por ello, es probable que se llegue a organizar un sistema regional de seguridad colectiva que ofrezca seguridad y permita prescindir de las tropas americanas en la zona, al menos en sus aspectos más visibles. Al sistema regional podría adherirse Irán, que, desde hace tiempo, lo reclama.

5. Conclusiones

Como resumen, las repercusiones de la guerra contra el régimen baazista de Irak serían:

- Aumento de la islamización de la sociedad y del apoyo social a los grupos islamistas violentos
- Rechazo de todo gobierno “infiel” y petición de una solución política islámica frente a las “soluciones importadas”
- Mayor inestabilidad de los regímenes políticos de la región, atezados entre la realidad geopolítica y los deseos populares; posiblemente, aumento de la represión
- Disminución de la actividad y efectividad de los foros de diálogo y de cooperación entre el mundo occidental y el islámico; el “cesto” económico impediría su colapso total
- Incomodidad de los regímenes por la presencia militar estadounidense e intento de creación de un sistema regional de seguridad colectiva